



En la primeras epopeyas, la antigua Grecia ofrece testimonio de las cazas del jabali.

Hércules persiguió al jabali de Erymanto entre la nieve, le aprisionó merced á un lazo, y lo presentó á Erysteo, exclamando:

«Este monstruo que devastaba la Arcadia ha sido, al fin, rendido.»

Adonis halló la muerte en una caza del jabali; sus perros, siguiendo las huellas de un solitario, le habían forzado á abandonar su guarida. Adonis le persiguió, asestando un golpe algo oblicuo con su harpón, que no hizo más que rozar al animal. El jabali se revolvió con furor, y fué en balde que Adonis huyera buscando un refugio. El jabali le alcanzó, hundiendo los colmillos en el costado del mancebo, que cayó expirante. Amargo llanto, dicen, costó á Venus la muerte de Adonis, y ésto explica á maravilla el odio de la diosa hacia los jabalíes.

Una leyenda helénica supone que Marte se metamorfoseó en jabali para matar á Adonis.

De todas suertes, aquella escena cinegética ha sido representada en diversos sarcófagos greco-romanos, alguno de cuyos ejemplares se halla en el Museo Británico.

El arcadio Auceo pereció también víctima de los colmillos de un jabali.

La afición hacia la caza era tan grande en Grecia, que la mitología ofrece á cada paso ejemplos. Entre las cacerías más célebres de la edad heroica, merece citarse la del jabali de Calydón, á la que concurrieron, invitados por Meleagro, los más famosos cazadores. En memoria de estas empresas venatorias, que limpiaron al país de tan terribles huéspedes, que eran el espanto de los pastores y viajeros, se inmolaron jabalíes sobre los altares de Hércules.

Los cazadores ofrecían con frecuencia á los dioses una parte de su botín de caza. Mycon consagró á Diana una soberbia cabeza de jabali.

El guía más seguro y provechoso para hablar de la caza en Grecia, es Jenofonte, que vivió en los años 445 á 354 antes de N. S. J. Jenofonte compuso su tratado de la *Caza ó Cinegética*, y su traducción casi íntegra merece un sitio de honor en el cuadro general venatorio.

II

«La caza,—dice Jenofonte,—es una invención de Apolo y de Diana. Ambas deidades dieron lecciones cinegéticas á Chiron para recompensar su espíritu justiciero, quien las recibió con alborozo y supo aprovecharlas. Sus discípulos fueron: Céfalo, Esculapio, Melanion, Neston, Amphiaran, Peleo, Telamon, Meleagro, Teseo, Hipólito, Palamedo, Ulyses, Menestheo, Diomedes, Cástor, Pólux, Machaon, Podaliro, Antiloco, Eneas, Aquiles; que cada uno en su tiempo fué honrado como inmortal.

Amados de los dioses murieron casi todos; pero, si pagaron este tributo á la naturaleza, su nombre se halla escrito en el libro de la inmortalidad...

El hombre, al salir de la infancia, debe hacerse diestro en la caza y cuidar después de las otras partes de su educación, pero siempre consultando su fortuna; esto es: el que ande holgado podrá cultivarlas á la vez para su utilidad y esparcimiento; el que no, debe mostrar menos ardor.

Debo explicar las cualidades que debe reunir el cazador, los preparativos que debe hacer para la caza, antes de dar mayores detalles, á fin de que el lector se halle, después de estas nociones preliminares, en actitud de ponerlas en práctica, y no se las juzgue indiferentes, porque, sin ellas, es imposible alcanzar éxito.

Un cazador con redes debe estar enamorado de su arte, hablar griego, tener cerca de veinte años, un cuerpo flexible y robusto y un valor á toda prueba; y, merced á estas cualidades, señoreará la fatiga, y la caza no le brindará más que placeres. Los *arkys*, los *enodia* y los *dictya* (1), son fabricados con linó delgado de Faso ó de Cartago. El cordón de los *arkys* se compondrá de nueve hilos trenzados á tres cabos, formando así tres gruesos hilos de cinco *spithamos*, y las mallas tendrán dos *palestas* de ancho; se evitará cuidadosamente el que existan nudos en los *pedidroncos* (2) para que la red pueda correr sin embarazo por encima. El *enodia* debe componerse de doce hilos, y los *dictya* de diez y seis. Procurad que los *enodia* tengan dos, cuatro ó

(1) Los *arkys*, los *enodia* y los *dictya* son tres suertes de redes para cazar.

(2) Cordones que sirven para abrir ó cerrar la red.

cinco *orgies* (3); más grandes no podrían ser manejados cómodamente. Los dos últimos artificios ó redes deben componerse de treinta nudos, y la anchura de sus mallas debe ser la de los *arkys*, y los *enodia* deben tener en su extremidad dos cordones de nudos en forma de pezones. Emplead anillos para los *dictyas*, y que los *peristrofes* sean tejidos con pequeños cordones retorcidos.

Las horquillas que deben sostener los *arkys* han de tener diez *palestas* de alto. Ir provisto de otras de menos elevación, porque las horquillas desiguales podrán haceros colocar la red á un mismo nivel, á despecho de las desigualdades que ofrezca el terreno.

En los terrenos llanos y unidos, emplead horquillas enteramente iguales, y, para arrancarlas fácilmente, sus extremos han de ser bien lisos.

Usad para los *enodia* horquillas de doble altura, para los *dictya* horquillas de cinco *spithamos* de alto, de bifurcación pequeña; la hendidura poco profunda, á fin de que se planten fácilmente, y que su espesor esté en relación con su longitud.

Los *dictya* exigen un número más ó menos crecido de horquillas; menos, si cuando se tiende aquella red se halla bien tendida; más, si son demasiado flojas.

El cazador debe proveerse, además, de un saco de piel de buey, dentro del que se colocan los *arkys* y los *dictya*, y de una podadera á fin de abrirse paso entre las malezas del bosque.»

III

Sigue la narración cinegética de Jenofonte:

«Existen dos especies de perros; unos apellidados *castóridos* y los otros *alopecidos*. Cástor, tan celebrado por su pasión á la caza, tenía especial predilección hacia la primera especie, y eso explica el origen de su primera denominación. Los *alopecidos* se llaman así porque data su origen de los amores de un perro y un zorro, y con el tiempo estas dos especies se han confundido en una.

Los más numerosos y menos apreciados son los perros pequeños, de nariz roma, miopes, feos, de pelo rudo, débiles, pelones en parte, mal proporcionados, cobardes, sin nariz y sin jarretes.

(1) Medida que equivale á tres codos.

Los canes de pequeño cuerpo no sirven para la caza por su poca talla; los romos no tienen bastantes quijadas y no pueden retener la liebre que han cogido; los miopes y los de mirada desviada ven siempre mal.

Los que carecen de bellas formas repugnan á la vista; los que tienen pelo rudo son pésimos cazadores; los canes débiles y sin pelo carecen de aliento para soste-

ner la fatiga; los que son desproporcionados andan pesadamente. Los perros sin valor abandonan la llanura y el campo, y se tienden perezosamente á la sombra de algún árbol; los que carecen de olfato siguen difícilmente las trazas de la liebre. Por lo que atañe á los perros de piernas débiles y enflaquecidas, á despecho de su ardor no pueden soportar el trabajo y la fatiga.



Caza del jabalí en Grecia

Estos mismos perros aparecen bien distintos en su tarea. Unos, apenas han olfateado las huellas de la pieza, corren sin dar la menor señal, de suerte que es difícil saber cuando siguen la pista. Otros sólo agitan las orejas; pero su cola permanece inmóvil; algunos no mueven las orejas, y se azotan con la cola; otros bajan las orejas, siguen las huellas con aire sombrío y triste, y corren con la cola entre las piernas.

Realmente hay otros canes que carecen de aquellos defectos; pero se agitan furiosamente, ladran con estrépito al seguir la pista, y, cuando la tienen, muchas veces la borran al pisotearla torpemente.

Hay perros que trazan mil círculos, yendo y viniendo, perdiendo las primeras trazas de la liebre, ó si la

siguen es aturdidamente; al aperebir, quizá los primeros. la liebre, se paran admirados, y sólo la persiguen cuando la ven escapar velozmente. Otros, corriendo de de aquí para allá, y encontrando las huellas halladas por los perros que les han precedido, permanecen ante ellas atontados y dudosos. Existen otros canes tan alborotados que no dejan avanzar á sus compañeros más inteligentes, poniéndoles estorbo en su camino, parándoles; y otro gran número también de canes que siguiendo falso camino avanzan orgullosos y aturdidos.

Tachad de pésimos los perros que en los senderos trillados no disciernen las verdaderas huellas, y aquellos que saltan por encima de los trazos dejados por la